

ATRAPADA  
EN EL  
*Carnaval*  
MILLS BELLENDEN



VESTALES

© Editorial Vestales, 2017.

Diseño de tapa e interiores: Editorial Vestales.

Bellenden, Mills  
Atrapada en el carnaval, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2017.  
288 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-73-8

1. Narrativa. 2. Narrativa Histórica. I. Título  
CDD 863

ISBN 978-987-3863-73-8

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2017 en Gráfica LAF SRL,  
Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*No hay disfraz que pueda largo tiempo  
ocultar el amor donde lo hay,  
ni fingirlo donde no lo hay.*

François de La Rochefoucauld

## CAPÍTULO I

París, 1816.

UNA SOMBRA SE MOVÍA DE FORMA RÁPIDA Y PRECISA POR la alcoba. Rebuscaba en los cajones del tocador donde las manos, enguantadas en cuero negro, desaparecían bajo las prendas confeccionadas con finas y ricas telas. Centraba la atención en las joyas y en los frascos de perfume que estaban diseminados sobre el mueble. Algunos oscilaron cuando los dedos los rozaron, y otros cayeron sobre el mármol con un sonido sordo. La atmósfera se vio envuelta en aromas y dulces fragancias, sin embargo, la atención de la sombra no se distrajo de su principal cometido. De forma imprevista, el sonido de unos pasos en el piso inferior le alcanzó los oídos. Corrió a agazaparse tras un sillón.

La luz delatora de la luna se filtraba a través del cristal del ventanal y arrojaba un sendero iluminado sobre la alfombra hacia el lugar en el que permanecía escondido el misterioso visitante. Los recién llegados parecían tomarse su tiempo a juzgar por lo que se demoraban en aparecer por el umbral de la puerta.

—Id a la otra habitación —indicó una voz a los demás.

La sombra deslizó el nudo que le apretaba la garganta como si del nudo de un verdugo se tratara. La respiración se le aceleró por un instante cuando reconoció aquella voz autoritaria que hizo que cerrara los dedos sobre la empuñadura del florete. El corazón le golpeaba con dureza el interior del pecho. Cerró los ojos tras la máscara y trató de controlar la respiración para no delatar su presencia, pero era pedir demasiado cuando se trataba de Laurent de Villete, prefecto de París, que no descansaría hasta ver su cuerpo de rodillas ante el verdugo.

—Sé que estáis en algún lugar de esta casa. Os conviene entregaros antes de que sufráis algún percance —dijo mientras modulaba la voz con delicadeza y paladeaba las palabras como si fueran las de una sentencia condenatoria—. Si lo hacéis, prometo ser benévolo y ofreceréis un juicio justo. Debo decir que vos no tenéis la culpa de haber apoyado al emperador, ni tampoco sois responsable de su derrota. Esa parte podemos obviarla, ya que cada uno elige su bando. En cambio, sí lo sois de ayudar a sus seguidores a huir de Francia. Eso es traición al monarca.

La sombra permaneció inmóvil, consciente de que cualquier movimiento, por muy leve que fuera, delataría su posición. Si al menos pudiera deslizarse fuera de la alcoba...

—Señor, no hemos encontrado a nadie en la casa —se escuchó decir a uno de los hombres.

La sombra pensó que esa información no haría desistir a De Villete; no se marcharía para concederle la posibilidad de escapar.

—Está bien —asintió sin apartar la mirada de la penumbra en la que estaba sumergida la alcoba.

Hubo un momento en el que pareció que iba a renunciar a proseguir con la búsqueda. Laurent decidió dirigirse fuera de la habitación en un intento por confundir al intruso que respiraba con alivio con la cabeza apoyada contra la pared. Exhaló un leve suspiro y, cuando oyó que De Villete se iba, se asomó por detrás del sillón en el que se había ocultado.

De Villete se detuvo alertado por los frasquitos de perfume caídos sobre la cómoda y el aroma que impregnaba la alcoba. La Orquídea sí estaba allí. Esbozó una sonrisa llena de diversión ante el descubrimiento mientras devolvía los recipientes a su posición inicial. Se llevó un dedo a los labios y solicitó silencio a sus dos acompañantes para girar sobre sus talones y extraer la espada de la vaina.

La Orquídea se maldijo por haberse descuidado y, en un rápido movimiento, De Villete giró y le apuntó el pecho con la punta de la espada.

—Vaya, por fin os encuentro. Si apreciáis vuestra vida, apartad la mano de la empuñadura —dijo mirando el florete—. ¿Merece la pena morir en un duelo? —La pregunta, no exenta de sarcasmo, arrancó una sonrisa en el rostro de La Orquídea, cuyos ojos chispeaban de emoción por ese nuevo lance—. Esta noche por fin descubriré vuestra verdadera identidad —comentó muy seguro mientras sonreía como un zorro y movía el acero frente a sus ojos—. Pero para que veáis que soy un caballero y que no es nada personal, os daré la oportunidad de defenderos.

La Orquídea sonrió ante tan galante invitación e inclinó la cabeza con respeto antes de extraer el florete. Los dos aceros se acariciaron con lentitud como las manos de dos bailarines antes de iniciar un vals. A medida que la pieza

avanzaba, el baile se volvía más enérgico y ganaba emoción y pasión. El sonido de los aceros al cruzarse llenó la alcoba de un sonido estridente. La Orquídea se desprendió la capa y dejó que cayera arremolinada a su espalda. De ese modo se movería con mayor destreza. De Villete se quedó petrificado: esa no era la silueta de un hombre. ¿Todo el tiempo había estado tratando con una mujer? Pero lo que no esperaba era la manera en que ella se desenvolvía en el duelo al mover la mano arriba y abajo con destreza mientras hacía quiebres y movimientos de muñeca que no dejaron de sorprenderlo. Era la primera vez que se encontraban cara a cara.

—Sin duda sois un consumado duelista. Algo extraño para una mujer, ¿no creéis? —comentó al tiempo que detenía una de las estocadas con gran apuro y reculaba hasta tropezar con el pequeño escaño junto al tocador. Lo apartó de un puntapié para dejar más espacio para moverse por la alcoba.

La Orquídea apuró las opciones y forzó un poco más las estocadas para mantener a De Villete a distancia. Era consciente, en todo momento, de que debía ganar tiempo para que el plan resultara, a pesar de ello, tampoco podía demorarse demasiado con su *querido* prefecto de policía de París.

—La lección llega a su fin, monsieur —anunció mientras lo engañaba con una falsa salida por la derecha y entraba por la izquierda para herirlo en el brazo. De Villete gruñó al sentir cómo la afilada hoja le rasgaba la tela de la casaca, le laceraba la piel y dejaba que la sangre brotara. En un acto reflejo, se llevó la mano hacia la herida y descuidó la guardia, movimiento que aprovechó su oponente para abrirle otro corte en la mano que lo obligó a dejar caer el florete al tiempo que exhalaba un chillido de dolor. De Villete clavó

la mirada en La Orquídea con una mezcla de rabia e impotencia por la derrota, pero con odio también porque fuera ella la causante. Ahora era él quien sentía la punta del florete que lo apuntaba.

—Si vais a matarme, hacedlo rápido. Y no esperéis clemencia de mi parte —pidió con la boca seca, el sudor perlado en la frente y la sangre adherida al cuerpo. Pese a todo, trató de mostrarse altivo, el cargo que ostentaba no era poca cosa.

La Orquídea sacudió la cabeza y desechó la oferta de acabar con él, aunque tal vez habría sido prudente reconsiderarlo por un instante, pues estaba convencida de que, después de esa noche, nada sería igual en su vida. De Villete la perseguiría hasta el fin del mundo si fuera necesario para vengar la afrenta. Pero ella lograría burlarlo una y mil veces. Por un instante, La Orquídea pareció flaquear, como si algo dentro de ella hubiera hecho vacilar a su mano y, con ella, al acero. Los recuerdos le inundaron la mente como un río desbordado que arrasaba a cada paso cualquier atisbo de venganza. No. No podía hacerlo.

—No tengo por costumbre matar a sangre fría, monsieur. Decidle a vuestros hombres que, si intentan algo, vos lo pagaréis antes que ellos —rebató con voz firme y una media sonrisa.

—Marchaos —gritó mientras la presión en la garganta aflojaba. Luego volvió la atención a La Orquídea—. Deberíais acabar con todo esto porque no descansaré hasta dar con vos y cobrarme esta humillación antes de conducirlos ante el verdugo —prometió mientras rechinaba los dientes con furia, más por haber sido vencido por ella, que por el escozor de las heridas.

¿Ahora es cuando en verdad te intereso, Laurent?, se preguntó la misteriosa mujer mientras el ardor de las lágrimas le castigaba los bellos ojos.

—Dejémoslo para otra ocasión, sé que volveremos a vernos. Conozco vuestro celo, pero son tantas las veces que habéis fracasado a la hora de atraparme... —le recordó con un suspiro burlón—. Y no intentéis despojarme de mi secreto —advirtió con esfuerzo por adoptar una pose arrogante y fría mientras presionaba la punta del florete sobre la garganta de De Villete lo justo para que brotara la sangre.

Con un gesto rápido le apartó el acero de la piel y lo devolvió a la vaina. Su mano desapareció bajo la casaca para extraer una pequeña y delicada orquídea que depositó con mimo en el bolsillo de la levita de él.

—Con mis mejores deseos, monsieur —dijo y se inclinó ante él antes de golpearlo y dejarlo inconsciente sobre el suelo.

La Orquídea se volvió sobre los talones y recogió la capa para envolverse en ella y salir de la alcoba. Se deslizó entre las sombras del pasillo mientras aguzaba el oído para evitar a los acompañantes de Laurent de Villete. Pero ambos aparecieron en frente de la puerta de la casa para cerrarle el paso.

—Dejadme salir. —Acompañó el tono de advertencia con un gesto burlón.

En un rápido e inesperado movimiento, La Orquídea se despojó del sombrero para arrojarlo contra uno de ellos y tomarlo por sorpresa. Luego se deshizo de la capa y envolvió en ella al segundo antes de empujarlo contra su compañero para, ambos, caer al suelo. En ese breve instante, aprovechó

para salir de la casa mientras los cabellos se soltaban de la cinta que, momentos antes, los había recogido.

—¡Alto!

El grito en la calle ni siquiera la alertó. Lanzó una mirada por encima del hombro para distinguir a los dos hombres del prefecto de policía de París en la puerta de la casa. Corrió hacia la calle más cercana mientras los dos hombres salían en pos de ella, pero lo único que encontraron fue la noche cerrada sobre París, algunos carruajes que transitaban por la calle y el sonido de voces lejanas. No había rastro de ella. La Orquídea había vuelto a escapar.

\* \* \*

Horas más tarde, en una casa de las afueras de París.

—¿Algún contratiempo? —preguntó el hombre al verla aparecer en la casa.

—Tan solo nuestro querido amigo Laurent de Villeté —respondió y le restó importancia al hecho, ya que no tenía intención de hablar de él—. ¿Se han seguido mis órdenes como indiqué, Fabrizio? —La pregunta estaba cargada de la autoridad de quien tenía por costumbre que los demás acataran sus deseos sin objeciones.

—Sí. Todos están lejos de París a estas horas. Por eso no debes preocuparte, Francesca —aseguró el joven de cabellos castaños y mirada viva.

—Celebro que todo haya salido bien. Debes reconocer que mi maniobra de distracción ha valido la pena, aunque tú tenías serias dudas de que tuviera éxito —advirtió mientras hundía las manos en los cabellos para darles volumen. Una

cascada de color de las hojas en otoño resaltó sobre el negro de la camisa.

—¿Era ese tu verdadero fin? —El tono de la pregunta no detuvo la mano de la mujer al tomar una copa de licor y llevársela a los labios.

—Pues claro. No buscaba nada en particular, salvo llamar la atención del prefecto.

—Buen truco, hermana. —La correspondió con una sonrisa—. Pero deberías ser más precavida. Si Laurent llegara a saber algún día que eres La Orquídea... —Dejó en suspenso el final del comentario.

—No le conviene... y lo sabe —espetó y se volvió hacia él con la mirada encendida de furia—. Nunca. Por su propio bien.

El joven se quedó callado para meditar las palabras de su hermana. Tenía razón; Laurent de Villete no debía saber quién se escondía bajo la máscara de La Orquídea y ayudaba a los bonapartistas a abandonar París.

—Dime, ¿y ahora? ¿Cuál es el siguiente paso? Con él pisándote los talones...

La mujer inspiró hondo y trató de templar los nervios. Sirvió un poco más de licor en la copa y después la alzó.

—Primero quiero brindar por el nuevo éxito de La Orquídea —dijo antes de mojarse los labios con el líquido—. En cuanto a lo que me preguntas... Lo más aconsejable, ahora mismo, sería desaparecer de París durante una larga temporada. Los ánimos están muy revueltos y, con De Villete persiguiéndome como un perro de presa, no es conveniente arriesgarnos más. Aunque imagino que, después de esta noche, se tomará un respiro. —Sonrió irónica al recordar los dos cortes que le había propiciado como tarjeta de visita.

—Pero, ¿ir hacia dónde? —inquirió el muchacho y la miró con expectación.

Ella lanzó una mirada divertida mientras recogía la máscara que había usado horas antes para contemplarla en silencio y pensar. Una idea le cruzó la mente. ¿Por qué no?

—Nunca he estado en Venecia durante el carnaval. Y, ahora que Napoleón está en Santa Helena y la isla ya no está bajo el domino francés, los festejos de carnaval han regresado. Estamos a pocos días de que comience —confesó y dejó que los ojos le brillaran y los labios volvieran a perfilar una sonrisa seductora. Venecia le parecía la ciudad perfecta para esconderse en esos días. Trataría de alejar a los fantasmas del pasado y divertirse como una más—. Me atrae su imagen de colorido y diversión.

—Sin duda, es el mejor sitio para que un visitante se esconda durante sus semanas de fiesta —señaló Fabrizio—. Pero ten cuidado; no vaya a ser que su magia te atrape y encuentres el amor, querida hermana.

Francesca sonrió burlona con la mirada resplandeciente de emoción.

—¿El amor? —preguntó al tiempo que arqueaba una ceja—. El amor no tiene cabida en la vida de La Orquídea.

—No subestimes a Cupido. Ni al destino. ¿Quieres que lo prepare todo para partir mañana mismo?

La mujer entrecerró los ojos para dejar que una sucesión de escenas llenas de colorido y diversión le inundaran la mente como un torrente desbordado. Venecia y el carnaval le parecían de lo más sugerente, de lo más romántico.

—Sí. Partiremos mañana hacia La Serenísima —aseguró y suspendió la mirada en las titilantes llamas de las velas del comedor para soñar con una vida lejos de los recuerdos.

¿El amor? Siempre le había sido esquivo o, más bien, podría decirse que era ella quien lo esquivaba.

\* \* \*

Venecia, días después.

El ambiente previo a la festividad del carnaval se respiraba en las calles. La plaza de San Marcos, centro neurálgico de la ciudad, aparecía engalanada con llamativos colores que captaban la atención de los visitantes. Venecia se preparaba para recibir a miles de entusiastas viajeros que acudían hasta allí para disfrutar, por unos días, del carnaval. Y con más entusiasmo, si cabía, en ese momento que Napoleón había sido derrotado. Durante la hegemonía francesa en Europa, Napoleón había prohibido la celebración del carnaval en Venecia. Pero, ya desde el año anterior, el ambiente de fiesta había regresado y, a esas horas, uno podía ver pasear a arlequín, polichinela o a colombina como si acabaran de escaparse de la *commedia dell'arte*.

Ajenos a todo ese despliegue de fantasía, dos hombres charlaban de manera tranquila mientras caminaban sin dirección aparente. Ambos llevaban sombreros de tricornio, calzas, medias y zapatos elegantes con hebillas doradas; estaban cubiertos por capas oscuras que casi rozaban el suelo de baldosas de piedra de Istria de la plaza.

—El carnaval se acerca —comentó Luchesse mientras dirigía la atención a todas direcciones como si buscara a alguien. Lo que en realidad hacía era contemplar a los responsables de la celebración mientras terminaban de engalanar los principales edificios de la plaza. A Luchesse le gustaba

pasear para mezclarse con la gente en esos días previos al carnaval. Inclínaba la cabeza, saludaba a unos y estrechaba la mano a otros, pero las personas a las que más atención dedicaba eran, sin dudas, las hermosas mujeres venecianas. Un besamanos aquí, una caricia furtiva allá, unas palabras debidamente susurradas para provocar una leve agitación en los escotados vestidos, sonrisas cínicas que propiciaban que los abanicos se movieran con precisión con el fin de ocultar la nivea piel de aquellos senos voluptuosos que asomaban por encima del corpiño. Todo un galanteo al que ninguna mujer parecía querer resistirse si provenía de tan apuesto hombre.

—¿No puedes dejar de coquetear con cada fémica que te cruzas, Anthony? —le preguntó el acompañante con una mezcla de ironía y reproche porque, a cada paso, la conversación se veía interrumpida.

—¿Qué quieres que haga, Nicholas? En estos días previos al carnaval tengo que conocer a toda mujer que haya en Venecia e invitarla a una de las fiestas en mi *palazzo* si lo requiere.

—Ya sé la clase de mujer que buscas para tus fiestas: solo las más... hermosas, llamativas y, si me permites, aquellas que poseen cierto toque de lascivia. Por cierto, ¿no estarás en busca de una esposa? —preguntó sin abandonar el sarcasmo y miró a Luchesse con los ojos entrecerrados—. Es que te veo demasiado... interesado en el sexo opuesto estos días.

—¿Esposa? ¡*Santa Madonna!* ¿Por quién me tomas? —exclamó como si acabara de insultarlo al tiempo que le daba algunos toques con el bastón de paseo en el hombro—. Sabes que soy un devoto amante de las mujeres hermosas. Un fiel seguidor de la belleza femenina y de sus encantos —mati-

zó mientras inclinaba la cabeza con respeto ante otra joven dama a la que no quitó ojo—. Pero de ahí a atarme de por vida a una... —Luchesse dejó el comentario a medio terminar y abrió los ojos por completo.

—Soy consciente de eso porque te conozco desde hace años y sé que tú no eres de los que se aferran a una mujer. Claro que tu trabajo para el gobierno británico tampoco te ha dejado demasiado tiempo libre para hacerlo, seamos sinceros. Me refiero a buscar esposa. Tal vez ahora que todo parece en calma en el continente... —La mirada de Luchesse dejó mudo a su amigo al instante. Carraspeó y decidió cambiar el tema de la conversación—. Por cierto, ¿has tenido noticias de Richard? Desde que vive retirado en la campiña inglesa, no sabemos nada de él. La última vez que lo vimos fue el año pasado por esta fecha. ¿Has recibido alguna misiva suya para saber si va a venir al carnaval este año?

—No, no he recibido ninguna noticia y no creo que venga. Al parecer, la finca y las tierras le llevan mucho trabajo, aunque su esposa parece haberse adaptado bien al ritmo de vida y lo ayuda en las tareas diarias.

—Sí... Por cierto, dime una cosa —expresó con tono serio para captar su atención—. ¿Dónde la conoció? Esa tal Violette. ¿Sabes que tiene un nombre francés? —preguntó con inusitado interés, ya que todo había sido demasiado repentino y aparecía rodeado de un aura de misterio.

Luchesse sonrió al escuchar a su amigo.

—Oh, ya sabes que Richard es muy reservado —comentó mientras agitaba la mano para restarle importancia a esa información.

—Viviendo en el campo...

—Ya sé lo que insinúas, pero tampoco le he preguntado por todos los detalles acerca de cómo se conocieron, ni de cómo la cortejó, ni de qué familia proviene. ¿Y se puede saber qué tiene que ver su nombre? Hay cientos, no, miles de mujeres francesas en Inglaterra y también aquí, en Venecia. No lo olvides —puntualizó y levantó un dedo en dirección a su colega.

—No insinúo nada —comentó al tiempo que fruncía el ceño—. Y dime, ¿ha dejado el servicio en activo?

Luchesse se detuvo en mitad de la plaza de San Marcos en el momento en que un pequeño grupo de palomas iniciaba el vuelo hacia el cielo claro. Las siguió con la mirada durante unos segundos hasta que desaparecieron de su vista y se perdieron en el infinito. Luego volvió su atención a Nicholas.

—Sí.

—Pareces muy seguro.

—Me lo comentó durante los días que pasamos en Viena una vez que descubrió el complot para liberar a Napoleón de Elba.

—Oh, sí. Ya lo recuerdo.

—Richard le aseguró a Wellington en persona que dejaba el servicio activo una vez terminada su misión en Venecia. Que se retiraba a su casa en el campo. Y de ahí no ha vuelto a salir, que yo sepa. Pero ¿a qué viene tanto interés? Con Napoleón en Santa Elena no creo que haya ningún problema este año en el carnaval —recordó algo intrigado por los comentarios de Nicholas.

—Eso te convierte en nuestra mejor baza. Sí, bueno. Lo cierto es que desde que el gobierno británico envió a Na-

poleón a Santa Elena toda parece más tranquilo. Las potencias aliadas se han repartido Europa a gusto.

—Como si de un gran pastel se tratara. Si no me equivoco, Venecia vuelve a estar en manos de los austríacos, aunque bajo supervisión británica; de ahí nuestra presencia en la ciudad —dijo Luchesse y sonrió a su viejo amigo de la infancia: habían compartido experiencias, primero en los campos de batalla para combatir a Napoleón. En ese momento volvían a encontrarse en Venecia para llevar a cabo asuntos diplomáticos en favor de la paz y el bienestar.

—Sí, al parecer Venecia ha sido devuelta a Austria tras separarse del Reino Lombardo Véneto. Y, en cuanto al reparto de Europa, déjame decirte que Gran Bretaña lo ha decidido.

—Supongo que nos habremos quedado con la mejor parte —bromeó Luchesse—. Y apuesto a que el resto de las potencias ha mostrado su malestar.

—Tienes toda la razón, amigo. Por cierto, ¿has recibido algún despacho acerca de los disturbios que se están produciendo en París? —preguntó Nicholas y carraspeó para captar la atención de Luchesse, que volvía a dedicarla a una pareja de exquisitas mujeres.

—No. Pero ¿por qué debería recibirlo? ¿Qué pueden importarnos los disturbios en París con Napoleón en Santa Elena? —indagó Luchesse algo confundido por la pregunta.

—Ahora que la monarquía ha sido restaurada tras la caída definitiva de Napoleón, grupos clandestinos de monárquicos están persiguiendo a los bonapartistas para juzgarlos y ajusticiarlos.

—Ah... ¿Te refieres a ese tema? Sí, ya lo sé. No soy ajeno a eso. Algo he escuchado en alguna que otra soporífe-

ra velada —confesó sin mayor importancia—. Pero te repito que...

—¿Sabes que muchos de ellos llegan a Inglaterra procedentes de las costas francesas? —Luchesse frunció el ceño y miró a su amigo sin comprender adónde quería llegar—. ¿Y que son ayudados por un personaje que se hace llamar La Orquídea?

—¿Es que no puedes dejar la política y sus entresijos ni siquiera en carnaval? —Luchesse se volvió hacia Nicholas y le cortó el paso mientras su mirada reflejaba desaprobación por el comentario.

—Solo te comento los aspectos...

—No me interesan las intrigas palaciegas, ni los disturbios en Francia, ni mucho menos las aventuras nocturnas de ese personaje... ¿Cómo has dicho que se llama?

—La Orquídea.

—Fíjate. ¡Qué absurdo! El nombre de una flor para alguien que se dedica a sacar a los bonapartistas de Francia rumbo a Inglaterra —exclamó con risa burlona—. Anda, cuéntame algún chisme de la sociedad veneciana que me distraiga. Algo como, por ejemplo, ¿cuántas fiestas hay programadas para estos días? O si nuestra querida Arabella Maschiardi nos agasajará de nuevo con sus fastuosas fiestas de disfraces a las que, por cierto, acuden las más bellas mujeres de Venecia. No lo olvides —dijo con una sonrisa cargada de complicidad—. Sin contar la mía propia, claro está.

—Bueno, no sé qué puedo contarte que tú no sepas ya. Andas de fiesta en fiesta todas las noches. Y eso que el carnaval no ha dado comienzo. Tal vez deberías ser tú quien me contara todos esos chismes.

—¿Me acusas de estar de fiesta en fiesta por Venecia? ¿Y qué pretendes que haga? ¿En qué quieres que invierta mi tiempo? No hago nada malo. Ahora mismo no tengo ninguna misión oficial del gobierno a la que dedicarme, ni quiero. Por ese motivo me ocupo en recabar información sobre las posibles invitadas a mi propio *palazzo*, te informo —aclaró con sonrisa ladina ante tal perspectiva.

—En ese caso, espero que entre tus invitadas se encuentre la mujer de la que todo el género masculino habla en Venecia.

Luchesse se detuvo y entornó la mirada hacia Nicholas como si acabara decir alguna incongruencia. O tal vez se trataba de alguna de sus estratagemas.

—¿De quién hablas? ¿Qué mujer?

—Francesca. ¿Quién si no? —La respuesta de su amigo dejó a Luchesse sin capacidad de reacción—. ¿A qué viene esa cara?

—¿Francesca? Creo que no he tenido el gusto de conocerla todavía —confesó al tiempo que sacudía la cabeza con el ceño fruncido. Nicholas primero sonrió para después reír a carcajadas.

—No puedo creer que no sepas de quién te hablo. ¡Precisamente tú!

—¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

—Me refiero a que no sueles pasar por alto a ninguna mujer veneciana, mi querido amigo —sonrió con ironía—. Entonces ¿no estuviste anoche en casa de Marcuccio?

—No, anoche estuve en una fiesta en el *palazzo* de los Monteverdi. ¿Por qué? ¿Qué dices que me he perdido? —preguntó invadido por una ligera sensación de fastidio.

Nicholas posó la mano en el hombro de Luchesse y lo contempló en silencio durante unos segundos. Asintió en repetidas ocasiones al tiempo que esbozaba una sonrisa de complicidad.

—Te perdiste a la mujer más enigmática y hermosa que he conocido. Es cierto que no son tantas, si me comparo contigo, *caro amico*, pero son las suficientes.

—¿Y quién es ella para que te regocijes delante de mí? ¿De dónde ha salido? ¿Tal vez una nueva cortesana llegada a la ciudad con motivo del carnaval? Ya sabes que en estos días abundan damiselas en busca de fortuna —inquirió y alzó la ceja derecha con suspicacia.

—Esto es lo mejor de todo —respondió Nicholas con pausa y suspenso—. Nadie sabe quién es ella. Ni de dónde proviene. Apareció hace algunas noches en casa de los Mantovani acompañada por un hombre; te advierto —comentó al ver el gesto de sorpresa en el rostro de su amigo.

—Que vaya acompañada no me dice nada —rebató con aspereza y curiosidad.

—¿Una cortesana, dices? No sabría decirte, pero a juzgar por sus modales... No, decididamente, no. No es de la clase de mujer que coquetea con los hombres, ni que se deja agasajar con facilidad. Es mucho más serena y más... discreta, me atrevería a decir.

Luchesse entrecerró los ojos y miró al vacío.

—Interesante descripción. Debo conocer a esa tal Francesca —murmuró mientras imaginaba la clase de mujer que sería—. ¿Tú la has visto?

—Acabo de contártelo. Tuve el placer de conocerla anoche mismo —respondió al tiempo que observaba cómo

el semblante de su amigo cambiaba al reflejar un inusitado interés en la misteriosa dama.

—¿Y... qué opinión te mereció? Ya sabes a qué me refiero —matizó Luchesse y sintió la rabia crepitar en su interior.

Nicholas sonrió al darse cuenta del interés del otro espía. Sin duda había conseguido captar su atención y picarle la curiosidad por conocerla.

—Es una mujer digna de conocer. Pero yo no soy quién para darte explicaciones —se excusó Nicholas y agitó la mano en el aire.

—En ese caso espero coincidir con ella en alguna de las numerosas fiestas que van a darse por toda la ciudad.

—Veo que este tema sí ha captado tu atención —dijo Nicholas mientras emprendía el camino hacia el Palacio Ducal.

—Puedo asegurarte que mucho más que el reparto poco equitativo de Europa entre las potencias aliadas contra Napoleón. O las peripecias de esa flor de París que dedica su tiempo a salvar a los bonapartistas. —Esbozó con una sonrisa divertida mientras caminaba junto a su amigo—. Dentro de dos noches daré la primera fiesta en mi *palazzo*. Procura que la *signorina* Francesca acuda, ¿querrás? —propuso y le dio pequeños golpes con la empuñadura del bastón de paseo en clara señal de complicidad.

—Veré qué puedo hacer.

—Dado que tú ya la conoces, te encargarás de las presentaciones.

—Entiendo —asintió Nicholas y retomó el paseo hasta perderse junto al Palacio Ducal.

Luchesse siguió camino al lado del amigo, pero con el semblante algo taciturno después de haber escuchado hablar de la tal Francesca. Sin duda aquella conversación le había herido el orgullo y alimentado la curiosidad por conocerla cuanto antes. Luchesse sabía que Nicholas no era muy experto en el tema de las mujeres, pero las explicaciones habían sido bastante reveladoras: cuando él no encontraba palabras para describir la hermosura de una mujer era porque, sin duda, valía la pena conocerla. Y ese parecía ser el caso de la tal Francesca.

\* \* \*

Laurent de Villete permanecía de pie frente al ventanal de su despacho en París mientras observaba el lento discurrir del atardecer sobre los tejados y los acontecimientos en la calle. Los disturbios contra los bonapartistas parecían alivianarse a medida que pasaban los días. Y, aunque el monarca no parecía contento con los altercados, tampoco ordenaba que cesaran las detenciones de los partidarios de Napoleón.

Pero a De Villete lo que de verdad le importaba era otra cosa o, mejor dicho, otra persona: La Orquídea no había vuelto a aparecer. No tenía constancia de ningún acto por parte de ella, ya que la última aparición había sido la noche en la que el florete de ella le había abierto sendos cortes y se le había posado bajo el mentón en clara actitud desafiante. Ese talante no iba a olvidarlo nunca. Y, mientras ella se burlaba de él, una veintena de simpatizantes de Bonaparte escapaba de París rumbo a Inglaterra.

De Villete apretó los puños en clara señal de crispación al recordar la jugada maestra de La Orquídea, pero el

dolor por la herida en la mano hizo que se contuviera. Había ordenado rastrear cada rincón de la ciudad, cada casa, cada callejón; había introducido espías en numerosas reuniones, fiestas y tabernas. En todas partes había algún agente dispuesto a recabar información acerca de la verdadera identidad de la misteriosa heroína. Pero, hasta el momento, no había obtenido nada. Su crispación se hacía mayor cuando pensaba que ella podía ser cualquiera de las mujeres con las que conversaba en fiestas y recepciones sociales. Incluso podía haber disfrutado de su compañía o de un baile sin saber que la tenía entre los brazos. Y, mientras tanto, ella podía regodearse por su victoria y por la incompetencia del prefecto a la hora de buscarla y atraparla.

El sonido que produjo la puerta del despacho al abrirse obligó a De Villete a lanzar una mirada por encima del hombro. Su ayudante, Bertrand, permaneció en silencio delante de él a la espera de que le concediera permiso para hablar.

—¿Qué sucede? —preguntó sin apartar la atención del gran ventanal. Allí seguía, de pie como una mera estatua decorativa con las manos detrás de la espalda mientras aguardaba las noticias.

—Os traigo información que os puede interesar.

—¿Más nombres de traidores a la corona? —preguntó cansado del tema.

—No. Algo mucho más interesante según creo que os va a parecer —aclaró con gesto triunfante al tiempo que esgrimía una sonrisa.

—¿Y bien? —preguntó y se volvió hacia una mesa repleta de denuncias, interrogatorios y demás papeleo burocrático que no parecía cesar durante esos días.

—Un nombre de mujer asociado a La Orquídea. —El simple hecho de que pronunciara el nombre de la flor hizo que Laurent de Villete levantara la mirada de los papeles para fijarla en el ayudante con inusitada expectación mientras aguardaba a que hablara. Él ya sabía que se trataba de una mujer, y esa idea lo inquietaba y lo había afectado mientras trataba de hacerse una idea de quién podría ser. ¿Qué clase de mujer estaría llevando a cabo la alocada cruzada en favor de los bonapartistas?—. Francesca Bellini. —Bertrand pronunció el nombre con excesiva pompa mientras observaba cómo el rostro del prefecto no expresaba ninguna reacción.

De Villete mantuvo las manos cerradas detrás de la espalda para que el ayudante no percibiera lo que aquel nombre le había provocado. Se quedó frente a Bertrand con el rictus serio mientras esperaba la explicación.

—¿Qué razones tienes para pensar en ella como La Orquídea? —interrogó mientras fingía echar un vistazo a la documentación esparcida por la mesa. Prefería centrar la atención en los papeles que en el rostro del ayudante. No quería que él percibiera alguna extraña emoción en relación al nombre.

—Desde hace días no se la ha visto en ninguna fiesta.

—Eso no indica nada. No llevo el recuento de las mujeres que acuden o no a las recepciones de personalidades, bailes y demás fiestas. Hay noches en las que yo tampoco salgo de casa —resumió tajante mientras sostenía un papel en la mano y lo miraba distraído.

—Cierto. Pero al pasar esta mañana por su casa, el servicio me ha informado que se ha marchado a Italia.

—Bien, ahí tienes el motivo por el que no acude a las fiestas desde hace algunas noches —recalcó De Villete con una sonrisa—. Además, Francesca es italiana. ¿Qué problema ves? —preguntó perplejo por las deducciones que no se sostenían por sí solas.

—Se ha marchado a Venecia a disfrutar del carnaval. Por cierto, ¿la conocéis?

—Muchos lo hacen por estos días. No veo adónde quieres llegar —refirió algo molesto por las vagas suposiciones, pero algo más confundido porque el ayudante la relacionara precisamente a ella con La Orquídea. Algo inconcebible, por otra parte—. Y, sí, conozco a *mademoiselle* Bellini desde hace algún tiempo.

De Villete inspiró mientras trataba de controlar el pulso porque todo lo que hacía referencia a ella lo afectaba a pesar del tiempo que había transcurrido. Nunca imaginó que la presencia de ella en un baile en casa de los Clairemont, cuando volvió a verla, pudiera dejarlo sin aliento, sin movilidad en las piernas, sin reflejos.

—Su repentina salida de la ciudad ha coincidido con el cese de actividades de La Orquídea.

Laurent de Villete permaneció en silencio, impasible, mientras pensaba en Francesca y en la última vez que se habían visto. No prestó atención a la remota posibilidad de que ambos hechos pudieran estar conectados y, al cabo de unos segundos, decidió apartarlos de la mente.

—Simples coincidencias, Bertrand. Nada más. No prueban nada, y tú lo sabes tan bien como yo —aseguró al señalarlo con la hoja de papel que retenía entre los dedos.

—Es posible, pero ¿qué pensaríais si os dijera que, en uno de los retratos que hay colgados en su salón, ella lleva

un colgante con la forma de una orquídea? —preguntó y moduló el tono de la voz para que el prefecto asimilara la información.

—Ya veo. Ahora resulta que llevar un distintivo con forma de orquídea lo vuelve a uno sospechoso —resumió De Villete y sonrió con sarcasmo—. Entonces tal vez deberíamos detener e interrogar a todo aquel que lleve algo parecido. —Había cierta ironía en las palabras y el tono de De Villete—. ¿Te imaginas si lo pusiéramos en práctica? Seríamos el hazmerreír, no solo de París o de Francia, sino de toda Europa.

—Si me permitís decirlo, no perdemos nada con ir a Venecia y averiguar si en verdad ella es la responsable de la huida de París de los simpatizantes de Napoleón.

Laurent de Villete permaneció inmóvil sentado a la mesa con la mirada perdida en la inmensidad del vacío mientras contemplaba la posibilidad de que Bertrand estuviera en lo cierto. ¿Y si, por casualidad, tenía razón y Francesca era La Orquídea? No, no podía creerlo.

—No lo sé. Ya te he dicho que conozco a *mademoiselle* Bellini y, si te soy sincero, no la veo en ese papel —dijo y trató de dar por terminado el asunto.

—Puede ser cierto. Pero ¿quién mejor que una noble dama con recursos para llevar a cabo semejantes huidas? Alguien con gente suficiente para apoyarla en todo. No olvidéis que sus padres escaparon de París de la noche a la mañana ayudados por la propia Orquídea justo cuando se los acusó de conspirar con el emperador. —El tono enigmático y sibilino del ayudante tensó los nervios del prefecto.

—Eso no llegó a demostrarse del todo. Y sigo sin ver la relación, pero si insistes, no perdemos nada en investigarlo.

De ese modo te demostraré que ella no tiene nada que ver con La Orquídea, ni con los bonapartistas. Partiré hacia Venecia como sugieres.

—Venecia está bajo control británico en estos días. No sé si estarán dispuestos a ayudarlos.

—No debes preocuparte. Tengo cierta amistad con uno de los representantes del gobierno británico en Venecia. Le preguntaré si saben o sospechan algo, pero tampoco incordiaré demasiado a mi colega. De todos modos, insisto en que La Orquídea es una mujer fría y calculadora. Todo lo contrario que *mademoiselle* Bellini —aseguró al tiempo que arqueaba las cejas con clara expectación ante la nueva perspectiva que se abría—. Prepáralo todo para marcharme lo antes posible. Te quedarás de guardia por si La Orquídea vuelve a actuar en París durante mi ausencia.

Bertrand sonrió complacido por escuchar aquella orden. Incluyó la cabeza y salió del despacho del prefecto más que satisfecho por haber conseguido su propósito.

A solas, Laurent regresó al gran ventanal del despacho con el firme propósito de asomarse y ver a la gente que pasaba por la calle. El nombre de Francesca le revoloteó en la mente, pero no para asociarla con la heroína de los bonapartistas, sino con la joven dama que él tan bien conocía. Habían coincidido en bailes y fiestas. Mantenían una relación amistosa a pesar de que se había enfriado con el tiempo. Sin embargo, Laurent no la había olvidado, aunque era consciente de que ella no tenía cabida en su vida. Pero ¿por qué el destino la incluía en el tablero de la partida que disputaba desde hacía tiempo con La Orquídea? ¿Se trataba acaso de una particular venganza por lo sucedido en el pasado?

¿En verdad el hecho de viajar a Venecia durante el carnaval se debía a averiguar la verdad en torno a ella o a sus deseos por volverla a ver?